

EL CARRO DE HENO

CARTA A HORACIO OLIVERA (RAYUELA)

JOSÉ ALEJANDRO HEREDIA

Estimado Horacio:

Recientemente he tenido la oportunidad de acompañarte en esa aventura tuya que otro llamó *Rayuela*. Cierto es que fui salto a salto, casilla a casilla y no tomé el camino directo, el camino fácil. La verdad es que me has hecho pensar bastante. Pensar con esa *h* balsámica, esa *h* indolente, esa *h* revolucionaria y equívoca: *haches* como penicilina: «La *hebriedad*, *hastuta* cómplice del Gran Hengañó». Pensar en las palabras con cariño y con rencor como «perras negras», como unidades y límites del lenguaje. Pensar en el significado del sinsentido o, quizás más bien todo lo contrario, pensar en el sentido de lo insignificante. Pensar en la cultura como flagelo contra los demás y, sobre todo, contra *huno* mismo.

También he encontrado amor en tu historia. Amor en forma de amistad en el Club de la Serpiente, compartiendo jazz en todos sus estilos, amor como extrema sensibilidad («todo le duele, hasta las aspirinas le duelen»), amor físico, amor triangular y puro y sencillo amor («...y resulta que te quiero. Total parcial: te quiero. Total general: te amo»). Las risas son también evidentes (ya dijo Cortázar que «el humor es *allpervading* o no es»). La tragedia llevada al ridículo del concierto de BerheTrépat, el engaño del gato calculista, el diálogo típico de españoles o la transformación del verano bonaerense en una expedición al Ártico son sólo unos ejemplos. Pero al final de todo queda la sensación de que vencen el dolor y la incomprensión, una sensación de derrota generalizada. No es alentador ni alegre, pero es así, *pibe*.

Cordiales saludos,

Un lector